

LA EXTREMA DERECHA EUROPEA:

DEL NAZISMO VISIBLE AL RACISMO CONSENSUAL

Leyla Bartet

De Austria me quedó en la memoria el finísimo hojaldre de un **apfelstrüdel**, la maniática cortesía de un pueblo que se prohíbe hablar en voz alta, aún y sobre todo en los lugares públicos, y un generalizado silencio cuando de recordar el nazismo se trata. Corrían los ochenta: la comisión Brandt esgrimía el recién acuñado concepto de interdependencia y el canciller socialdemócrata Bruno Kreisky reinaba sobre ocho millones de austriacos, ignorando que la muerte ya le seguía los pasos. Los pocos extranjeros del sur que cruzaban las fronteras eran merecedores sólo de alguna mirada curiosa y comprensiva frente al ruido inusual que su presencia provocaba. Sin duda los tiempos han cambiado. Nuevas barbaries se incuban en el corazón de la vieja Europa: Austria, patria de las vanguardias malditas de 1900, de la Escuela de Viena, de escritores irredentos como Stefan Zweig y -cerca de nosotros- Thomas Bernhard y Peter Handke, la melómana Austria ha preferido volver al pasado. Pero no simplemente regresando a una ideología que hoy parece obsoleta, sino renovando su oscuro cauce, abriéndole las puertas de la democracia a la más antidemocrática experiencia política de la historia moderna. En efecto, el pasado 31 de enero el **Freiheit Partei Österreich** (Partido Austríaco de la Libertad, de extrema derecha) llega al poder a través de una alianza con el partido conservador y recibe así seis ministerios, incluyendo la vicecancillería. Era previsible. El elector austríaco había expresado indirectamente el agotamiento del modelo de la alternancia partidista entre conservadores y socialdemócratas dando un apoyo creciente al **outsider** FPO. El dinámico líder de esta formación política, Jörg Heider, hasta entonces gobernador del alpino territorio (**land**) de Carintia, consiguió para su partido el 26,9 por ciento de la votación. La derecha tradicional no pudo menos de pactar con la que se había convertido en segunda fuerza electoral del país. Más allá de la experiencia de Austria, un Estado de altísimos niveles de ingreso y baja inmigración, resulta alarmante que, paralelamente al irresistible ascenso de Heider (ver recuadro 1), la renovada extrema derecha gane espacios legales en varios

países europeos. ¡Qué lejos estamos de la Europa rosa y qué complacientes terminan siendo las clases políticas tradicionales! Hoy la derecha dura del viejo continente juega la carta de la modernidad, renueva su discurso, pone al día el estilo y la apariencia de sus líderes y actualiza sus opciones económicas. Si es preciso, llega incluso a renegar de sus orígenes nacional socialistas, como no dudó en hacerlo el italiano Gianfranco Fini. Seguidores, sin saberlo, de nuestro autóctono camarada Gonzalo, se repiten «fuera del poder, todo es ilusión» y para conseguirlo y/o conservarlo, todo vale. De su pasado nazi o fascista, los nuevos dirigentes de la derecha extrema conservan sólo algunos (reveladores) pilares. Así, las camisas negras o pardas, el antisemitismo militante, las oriflamas de los desfiles callejeros, las experiencias putchistas, han desaparecido. Los nuevos bárbaros apuestan a las urnas, siguen los consejos de sus asesores en imagen pública, en **marketing** electoral: juegan a ser modernos. Sus líderes lucen tenidas impecables, deportivo bronceado, privilegian el discurso mediático y cuidadosamente calibrado sobre cualquier exceso. Heider ha llegado al extremo, en un país donde la formalidad vestimentaria es de rigor entre los políticos clásicos, de presentarse ante el Parlamento Europeo de Estrasburgo en camiseta gris y chaqueta de Armani. ¡Hasta parecería que pretende emular al ex-canciller cubano Roberto Robaina! Sin embargo, a veces, una frase nostálgica actualiza sus fantasmas: unos meses atrás, a Heider se le escapó una alabanza a la política laboral del fñhrer y un reconocimiento a los oficiales y soldados alemanes y austríacos que participaron en la segunda guerra mundial. Hace unos años, el dirigente neo fascista francés Jean Marie Le Pen había cometido un error parecido al calificar de «detalle de la historia» los campos de exterminio nazis. Pero estos deslices son cada vez más raros. El cinismo se hace más improbable que la hipocresía. Allí están los resultados: en las legislativas del año pasado, la neutral Suiza le acordó su confianza a la Unión Democrática Centrista (UDC) que, contrariamente a lo que su nombre indica, de centrista no tiene nada, salvo su voluntad de aceptabilidad. La UDC obtuvo 44 escaños en el Parlamento (sobre un total de 200) convirtiéndose así en la segunda fuerza del legislativo helvético. En Noruega, el llamado Partido del Progreso (FRP) acaparó un 15,3 por ciento en las últimas elecciones bicamerales y la separatista Liga del Norte, en Italia, alcanzó un 10,1 por ciento en comicios semejantes. Y esta cifra no toma en cuenta a la formación de Gianfranco Fini, quien en su deseo de limpiarse de los lastres del pasado no duda en renegar del fascismo y declarar que admira profundamente ...¡al presidente francés Jacques Chirac! Sin contar tampoco con el

retorno a la escena política de un Silvio Berlusconi, dispuesto a pactar con el diablo si es preciso con tal de recuperar el poder que perdió en el '96 ante la coalición de la izquierda, l'ULIVO. Algo se puede ver en Dinamarca: los dos partidos de la extrema derecha, el Partido del Pueblo Danés y el Partido del Progreso, obtuvieron 7 por ciento y casi 10 por ciento, respectivamente, en las últimas legislativas (1998), sumando así un porcentaje que bordea el 17 por ciento. El bloque extremo-derechista es, hoy, fuerza dirimente a nivel parlamentario. En Bélgica el debate político se ha visto atravesado por la tradicional contradicción entre las dos nacionalidades que conviven en el territorio: los flamencos y los valones. El VP (**Vlaams Blok**, frente flamenco) reúne a los más extremistas hijos de Flandes, aquellos que apuestan por la independencia y que rechazan la «política laxista» de valonia en lo que a inmigración y natalidad se refiere.

Rasgos de las nuevas derechas

¿Existen rasgos comunes entre estos pujantes partidos de la nueva derecha europea? Más allá de su capacidad de adaptarse a sus propias circunstancias, existen algunos rasgos comunes que trato aquí de describir:

- a) Si en el sentido estricto de la clasificación de las doctrinas políticas el fascismo se definía por una presencia omnímoda del Estado, hoy la derecha extrema es privatista y neoliberal. En este sentido el programa económico de Heider está más cerca del de Margareth Thatcher que de aquél del führer. El dirigente austríaco acepta la política financiera del socialdemócrata Tony Blair y aplaude sus prácticas liberales en economía. No sin ironía, se ha llegado a declarar «hijo espiritual» del padre de la socialdemocracia austríaca, Bruno Kreiy. Otro tanto ocurre con los movimientos suizo, bávaro (en Alemania) y belga.

- b) Tradicionalmente los movimientos de extrema derecha aparecían como ultranacionalistas y, en este sentido, opuestos a los Estados Unidos. Hoy, el nuevo discurso derechista no ataca la potencia omnímoda de ese país, ni critica sus formas de ejercer el poder. Rechaza, en cambio, el símbolo de cultura fusión, de **melting-pot** que -gústete o no a los republicanos- es el pilar de la sociedad norteamericana. Hay un rechazo a la opción universalizante de su mestizaje. No en vano el programa político del FPO austríaco afirma: «denunciamos las experiencias multiculturales que conducen al desorden social».

c) El tercer rasgo elocuente del moderno discurso extremista es la ausencia de referencias a las fuentes originarias de su pensamiento, a saber, la ideología nacional-socialista. Conscientes de que, en la actualidad, el abierto antisemitismo y la nostalgia del Tercer Reich resultan inaceptables, los nuevos derechistas buscan la aceptabilidad del discurso consensual. Sin embargo, como lo hace notar el politólogo francés Jean Yves Camus, lo que une a los partidos de la derecha extrema es la xenofobia. Y en este terreno sí encuentran buena audiencia en importantes sectores de la opinión pública europea. En conclusión, el fascismo **light** se acerca en lo económico a cualquiera de los modelos neoliberales de las derechas tradicionales europeas y cobija, como freno al desorden de las sociedades modernas, una defensa sulfurosa de la identidad étnica frente a todo lo que huelga a mediterráneo, a todo lo que luzca piel oscura. Y aquí la derecha tradicional le da la mano: en España, Francia, Italia y desde hace poco, inclusive Portugal, se maltrata a los inmigrantes, cuando no se les mata pura y simplemente. Cada mañana el mar deposita nuevos cadáveres en las playas de Almería y más de un español respira aliviado: un inmigrante menos, un extranjero menos en el difícil mercado de trabajo local. Cuando no se llega a la acción asesina, como ocurrió no hace mucho en El Ejido (1). Con razón el joven escritor español Manuel Rivas contaba hace poco su encuentro con un trigueño muchacho ecuatoriano al que detenían varias veces por semana en las calles para pedirle identificación : «me gustaría ser invisible», decía. «La lógica es implacable», afirmaba Rivas, la mejor forma de localizar a los sin papeles es pedirle papeles a los que tienen pinta de no tenerlos. Pero también es una mierda de lógica. Significa aceptar lo inaceptable: el estigma de la piel, del acento, de los ojos». Con este neonazismo novedoso y moderno, la xenofobia y la intolerancia han encontrado más que un discurso: han hallado un horizonte, han dibujado una estrategia. El racismo corriente gana espacios, inclusive y sobre todo en el corazón de las democracias bienpensantes. Según una reciente encuesta del Instituto de Sondeos Louis-Harris, el 12 por ciento de la población francesa se considera definitivamente racista, el 27 por ciento se dice «más bien racista» y el 30 por ciento se autocalifica de «un poco racista». Más del 60 por ciento del total de los entrevistados opina que «hay demasiados extranjeros en el país». Poco a poco se invierte el sentido del derecho a la diferencia. Hoy el principio se acerca a aquel del **apartheid**: «porque somos diferentes, vivamos separados».

Así, Filip Dewinter, secretario general del **Vlaams Blok** belga, no duda en afirmar: «Nosotros no nos consideramos superiores a los marroquíes o a los turcos, pero pensamos que cada quien debe organizar su propia cultura en su propio país. La integración no funciona». La nueva y alarmante extrema derecha exige más que nunca la lucidez de quienes combaten sus opacos perfiles, su sinuosa manera de echar raíces en un terreno abonado por las polifacéticas crisis actuales. Ojalá que el «**laissez faire, laissez passer**» no convierta a la Europa de la posmodernidad en paraíso de la segregación.

(1) A inicios de este año, en el pequeño pueblo de El Ejido, en Andalucía, la población local incendió un albergue donde vivían esencialmente inmigrantes marroquíes con sus familias.

Recuadro 1

El irresistible ascenso de Jörg Heider

1950. Nacimiento en el seno de una familia fervientemente nacional-socialista.

1976. Se gradúa de Doctor en Derecho en la Universidad de Viena. Se convierte en secretario general del Partido Austríaco de la Libertad (FPO).

1979. Es elegido diputado ante el Parlamento Nacional.

1986. Obtiene la presidencia del FPO, tras un golpe de estado interno que desembarca a la precedente dirección. En ese momento el FPO no llegaba al ocho por ciento de los sufragios.

1999. El FPO obtiene el 27 por ciento de la votación en las legislativas, es decir más que el tradicional Partido Conservador. Enero del 2000. Firma un acuerdo de gobierno con el Partido Conservador. El FPO obtiene seis ministerios y Heider conserva además la gobernación de Carintia. Declara que su próximo objetivo es convertirse en Canciller de Austria en las elecciones del 2004.

